

INDEPENDENCIA Y DESMILITARIZACION DE LOS CONFLICTOS

Patxi Azparren Olaizola

Hace 100 años que comenzó la 1ª Guerra Mundial, una masacre colectiva que causó 10 millones de muertos y el doble de heridos graves. La conciencia colectiva quedó conmocionada ante tal horror. Al finalizar, occidente quiso pensar que las naciones “civilizadas” jamás volverían a la barbarie por razones territoriales, religiosas, políticas o económicas. En occidente la propuesta del presidente Wilson, la extensión de la clase media y “Los alegre años veinte” parecieron el antídoto para que no se repitiera semejante atrocidad. En el Este de Europa el modelo soviético proponía su propia alternativa.

Sin embargo, solo dos décadas más tarde de la primera, comenzó una segunda confrontación mundial mucho más cruel aún. 50 millones de muertos directos, masacre de poblaciones enteras, asesinatos masivos de civiles, el holocausto, la aparición de la amenaza nuclear... Como ocurrió anteriormente, al finalizar, se soñó con un nuevo sistema mundial que garantizara la paz mundial. Pero, de nuevo, la pesadilla de la guerra apareció inmediatamente en nuevos conflictos regionales a lo largo del globo.

Mientras redacto estas líneas miles de personas están siendo asesinadas en Irak, Nigeria, Gaza, Ucrania... Parece que el ser humano aún no ha aprendido la dolorosa lección que recibió en las trincheras de 1914-18. La lección que enseñaba que la industria aplicada a la guerra podía llevar a la aniquilación del género humano. El ser humano ha creado máquinas capaces de acabar con la vida en el planeta y a la vez sigue pensando, sintiendo y actuando, en ocasiones, como un homínido sujeto a sus más primarias pasiones.

Proceso de paz en Euskal Herria

Esta introducción viene a colación por el hecho de que ahora en Euskal Herria, por fin, estamos empezándonos a acostumbrarnos a un nuevo escenario político que parece romper con un pasado en el que las armas tuvieron el protagonismo. Nuestro buen amigo Andoni Pérez Cuadrado (memoria viva del abertzalismo en Araba) ha solido decir: “En Euskal Herria en los tres últimos siglos no ha habido generación que no haya conocido la guerra o sus consecuencias”. Felizmente Andoni ha llegado a su vejez en plena facultades para disfrutar de algo que él ha añorado tanto tiempo.

Cualquier historiador/ra neutral reconocerá que, al menos, desde que Francia y España se convirtieron en Estado-nación unitarios, en Euskal Herria ha habido una fuerte oposición que ha tomado diferentes formas, muchas veces también armada. Tanto en los territorios del norte como del sur del Pirineo, las tropas francesas y españolas se han encargado de imponer aquel nuevo status-quo. Las consecuencias a todos los niveles y en especial en el número de víctimas que produjeron los conflictos bélicos fueron traumáticas para un pequeño pueblo como es el vasco. La primera salida masiva de vascos/as hacia América tiene que ver directamente con estos episodios bélicos y con el cambio sobre tenencia de la tierra y su gestión que provocó el nuevo sistema jurídico. Miles de deportados tras la revolución francesa, imposición del servicio militar obligatorio, destrucción de dos generaciones de jóvenes en las dos Guerras Carlistas en Euskal Herria sur, estas y otras causas cambiaron totalmente la demografía del país.

Las últimas décadas han tenido como protagonista en este ámbito la confrontación armada entre ETA y el Estado español, y de una forma mucho más limitada en el tiempo y en las consecuencias en el caso de “Iparretarrak” contra el Estado francés.

Pues bien, en este momento, una vez que la organización ETA ha renunciado unilateralmente a las armas, nos encontramos ante un futuro nuevo, esperanzador y desconocido.

Como siempre hemos afirmado los/as antimilitaristas: “la paz no es la ausencia de conflictos, es la ausencia de injusticias”. Todavía falta mucho para un escenario de justicia, pero han callado las armas. Por otro lado, tampoco hemos sido nunca tan ingenuos/as como para creer que los Estados español y francés iban (o vayan) a desarmarse unilateralmente. Si estas dos entidades políticas no usan la violencia directa es porque tienen otros medios para imponer su voluntad.

Los territorios y personas de Euskal Herria están sometidos jurídica y políticamente a los Estados español y francés por diversos motivos. Pero el principal medio fue el uso de la fuerza armada para imponer las fronteras arbitrarias de estos Estados multinacionales, imperios coloniales en épocas aún muy recientes históricamente. De hecho, constitucionalmente los Estados español y francés tienen legalizado el uso del ejército en caso de secesión de parte de alguno de los que ellos consideran suelo patrio.

Una serie muy compleja de factores han producido el fin definitivo de la acción de ETA, el principal, en mi opinión, que la masa social independentista estaba pidiendo desde hace mucho su finalización. Imposibilitar que los Estados español y francés se planteen siquiera el uso de las armas ante un posible proceso independentista vasco depende también de la capacidad de movilización de esa masa social independentista, del contexto internacional y de los métodos que los/as independentistas adoptemos.

Como en todos los casos de suplantación nacional o colonialismo, aquí también siempre ha habido personas que ha colaborado con la potencia ocupante, pero del mismo modo, es cierto que gran parte de la población vasca nunca aceptó su pertenencia a estos dos Estados y parte de esa oposición en diferentes episodios históricos consideró que podía o debía tomar las armas. Hoy, afortunadamente, toda la oposición política vasca ha renunciado al uso de la violencia para obtener objetivos políticos (no así los Estados) y este nuevo escenario nos permite poder diseñar una estrategia para alcanzar/recuperar la soberanía por métodos civiles y políticos.

No va a ser fácil, tanto por la enorme oposición que van a hacer los Estados español y francés como por la complejidad creciente de nuestra sociedad. Pero, sin duda, las condiciones han mejorado y está en manos de movimiento abertzale en su conjunto el poder desarrollar una hoja de ruta soberanista que consiga el respaldo mayoritario de las personas que hoy vivimos en Euskal Herria o que viviendo fuera, se consideran parte de este pueblo.

El proceso soberanista-independentista

Estamos en Europa Occidental y vivimos la segunda década del siglo XXI. Esto nos condiciona para bien y para mal. Euskal Herria, nación a la que se le usurpó su evolución hacia un Estado-Nación soberano, deberá diseñar un modelo de república soberana e independiente, atractiva para las personas de hoy y del mañana. Deberá garantizar la pervivencia y evolución de la cultura vasca, saber disfrutar de la diversidad y ofrecer un sistema jurídico-político y socioeconómico garantista. Esto es, un sistema que además de

conseguir la adhesión de los/as que damos importancia a nuestra identidad nacional vasca, a personas que sin ser abertzales sepan que el sistema jurídico-político soberano vasco va a ser un sistema que va a blindar derechos sociales, culturales, políticos y económicos, y que garantizará la justicia social, luchará contra la pobreza y la desigualdad y será uno de los faros de solidaridad universal para todos los pueblos y personas que sufren en el planeta.

“Ambicioso” programa a ojos de muchos, pero solo desde la ilusión de saberse miembros de un importante cambio sociopolítico se puede conseguir el compromiso activista de la ciudadanía. El reto: no vivir solo de ilusiones, sino llevar a la práctica aquello que reivindicamos en todos los lugares y momentos en que lo podamos de forma inmediata y a la vez solucionar problemas reales. Poco podemos esperar de quien en tiempos de cambio y de necesidad apela a un pretendido pragmatismo, con la condición de que ese pragmatismo pase porque ellos sigan pegados al bastón de mando y al sillón de la oficina.

El motor del movimiento abertzale vasco ha sido el conjunto de personas que damos a nuestra identidad nacional una importancia casi existencial. Esto no es de extrañar, porque en este país miles de personas han vivido la suplantación nacional y la opresión lingüística y cultural como un ataque a lo más íntimo de su ser y a su manera de sentirse personas en el mundo. Con el tiempo nuevas reivindicaciones colectivas, sociales, económicas y medioambientales han pasado a ser también componentes de un movimiento soberanista con características cada vez más integrales, interesantes y vanguardistas (en el buen sentido de este último término). Ahora, el movimiento abertzale, tal como lo han hecho nuestra/os amigos catalanes, ha empezado a ocuparse de otros aspectos que preocupan a otro tipo de sectores sociales que hasta ahora no veían al independentismo como su primera elección política. La participación de estos nuevos sectores va a ser clave tanto en Cataluña como en Euskal Herria, algo cada vez más viable, sobre todo ante un Estado como el español cuya clase política ha demostrado que está al servicio de los grandes intereses económicos internacionales.

Esta vez sí puede estar en nuestras manos. Los vientos de la historia soplan en buena dirección. Otras naciones sin Estado de Europa Occidental han llegado a la misma conclusión. En el siglo XXI, la constitución de una república soberana con mecanismos de democracia directa, es el método para la gestión cultural, social, política y económica de los países pequeños y una muralla para cortar los tentáculos de las transnacionales que han impuesto un sistema económico, de producción, consumo y distribución de servicios injusto, inviable e incluso criminal.

En el contexto actual no sería entendible dar pasos atrás en las reivindicaciones soberanistas vascas en busca de pretendidos consensos que no van a llegar. Los nacionalismos español y francés, ni sus representantes políticos en Euskal Herria no van a reconocer por voluntad propia nuestra realidad nacional diferenciada. Cataluña (El Principat) es ya plenamente consciente de ello y se evidencia que solo desde la unilateralidad, desde la movilización popular, desde la democracia radical y con la reivindicación de los derechos humanos, los derechos civiles y políticos y la justicia social como motores y banderas, se podrá cambiar un marco jurídico heredado de la historia y de las guerras.

Aún hoy, ocupados por los ejércitos y policías extranjeros, sometidos/as por la judicatura y las leyes de Francia y España, Euskal Herria va a hacerse con la paz definitiva, y va a erigirse en república soberana. Estamos en condiciones de iniciar inmediatamente y unilateralmente un programa soberanista. Organizándonos pueblo a pueblo y barrio a barrio, dando la palabra a la ciudadanía y ejecutando de facto la decisión popular.

En este sentido, me parece especialmente atractiva impulsar la creación /reconstitución/ reinvencción de “batzarres” locales que ayudan a auto-organizarse, a empoderarse a la ciudadanía. Lo esbozábamos en un libro publicado el año pasado “Batzarrak, jatorrizko antolaketa (Batzarrak, la organización original-autóctona): “Euskal Herria puede reinventarse inspirándose en su más remoto pasado para crear las formas más modernas de participación ciudadana y democracia directa”. El batzarre local crea un marco soberano, un lugar de debate y decisión, una institución popular estructuralizante que forma con la acción el futuro inmediato, desde lo local hacia lo nacional. De la acción cercana, tangible y que arregla problemas concretos hacia la estructura jurídico-política nacional.

Las consultas populares y los referéndums

A la hora de redactar este artículo para los buenos amigos/as de la asociación Arturo Campión, aún no se han celebrado los referéndums de Escocia y Cataluña. Pronto veremos el resultado de ese método para alcanzar la soberanía. Es sabido que un Estado plurinacional o colonial jamás ha permitido un referéndum que pensaba iba a acarrear la secesión de una de las naciones que lo componían. En las últimas décadas han se han producido varios procesos secesionistas por el método del referéndum con diferentes resultados, pero al menos dicho método permite encauzar los conflictos nacionales por vías pacíficas y no traumáticas.

Los Estados bálticos se independizaron de la extinta URSS por medio de referéndums unilaterales. “In extremis” el presidente Gorvachov hizo una reforma constitucional que exigía que para secesionarse fuera precisa la mayoría de votos en el Parlamento de la URSS y un proceso de 10 años. Lituania, Letonia y Estonia hicieron caso omiso. Québec prosigue su proceso soberanista con dos referéndums ya celebrados en lo que no han alcanzado el 50% del censo pero que han supuesto un cambio importante en su relación con el Canadá anglófono (el trato a la población originaria necesitaría de otro artículo). A Montenegro con intención de dificultar su secesión de Serbia, la Comunidad Internacional impuso dos condiciones: que participara más del 50% del censo y que de los/as votantes se alcanzara el 54%. Montenegro lo consiguió. Flandes está también inmerso en un proceso soberanista muy interesante, tanto por ser una nación situada en el epicentro de la Unión Europea como por la multitud de soluciones imaginativas que están dando a los conflictos de territorialidad, lingüísticos, de nacionalidad, de servicios etc.

Sin embargo, son el proceso escocés y el catalán el que más interés despierta en Euskal Herria al tratarse de dos naciones sin Estado que se sitúan en nuestro contexto geopolítico. Es probable que en Escocia no gane el sí (aún) y es también probable que CiU (partido de derechas que ganó las elecciones en Cataluña) no se atreva a hacer un referéndum que no va tener el respaldo de la legalidad española, dejando a la izquierda soberanista catalana sola defendiendo el referéndum. Aún así, son dos hitos históricos que nos proponen un camino posible para la independencia de Euskal Herria.

El referéndum no es la única fórmula posible, si la que la Comunidad Internacional reconoce como método para el cambio jurídico-político. Pero la mayor preocupación del movimiento soberanista vasco no debe ser el reconocimiento o no de la Comunidad Internacional, o el encaje en el sistema jurídico internacional, sino la activación de una masa social suficiente para conseguir que la mayor parte de la población de Euskal Herria se sienta parte activa del proceso de emancipación nacional y cambio socioeconómico. El encaje en el entramado institucional europeo será un problema a posteriori, el derecho suele regular los actos hechos de facto y aspira a prevenir conflictos a futuro. Ahora a los/as soberanistas vascos/os nos toca poner más vivo que nunca el conflicto político con los Estados español y

francés, desde una situación nueva de la que no habíamos gozado nunca, desde la renuncia al uso de las armas y desde el liderazgo por la reivindicación de todos los derechos.

Comentaba que el caso flamenco resulta muy interesante. Aquí también, en Euskal Herria, tenemos retos importantes para desatascar temas clave como territorialidad, sujeto de decisión, nacionalidad, gestión de recursos...Propuestas imaginativas podrán desatascar varios de estos nudos gordianos y nos posibilitarán acelerar el proceso independentista.

Intentaré explicarme. Los nacionalismos de siglo XIX tenían como principal reivindicación la territorialidad. No es de extrañar, puesto que los nacionalismos fueron, en muchos casos, la respuesta a imperialismo y al colonialismo. En aquel contexto el control del territorio nacional era fundamental. Los países coloniales habían ocupados otras naciones a fin de explotar sus recursos y obtener mano de obra gratuita. La lucha contra el colonialismo reivindicaba la dignidad de todas las personas y el control de los recursos por parte de la población autóctona. Lo cierto es que, desgraciadamente, la mayoría de los procesos descolonizadores dejan mucho que desear. Nuevas elites se hicieron con los recursos, se mantuvo la dependencia cultural y económica con la antigua metrópoli, se reprimieron a las minorías étnicas, se enfrascaron en guerras fronterizas con sus vecinos...El proceso histórico de emancipación de los pueblos y las personas está inacabado.

Los nacionalismos decimonónicos se van superando por propuestas independentistas progresistas más coherentes y más acordes a la realidad. En ese sentido, hoy adquiere más importancia la soberanía personal y la soberanía nacional que la reivindicación sobre el control físico exclusivo de todo el territorio que cada parte considera propio. Ejercer la soberanía por su capacidad de generar un marco jurídico propio y legalizar un paquete de derechos civiles, políticos, socioeconómicos y culturales inalienable. El ejercicio de esa soberanía (en nuestro contexto geopolítico) ya no depende de ejércitos, grupos armados o guerrillas, depende de la fuerza de nuestra voluntad y del compromiso. Evidentemente que una comunidad nacional necesita de un territorio donde poder actuar con toda la capacidad que los Estados-nación actuales pueden actuar sobre el territorio que se les reconoce la Comunidad Internacional, pero el camino comienza por activar al sujeto de decisión, a las personas.

Comenzaba este artículo recordando el centenario de la 1ª Guerra Mundial, aquel episodio en que los colonialismos, el capitalismo y nacionalismos excluyentes llevaron al mundo al abismo. Quisiera acabarlo con el deseo y la petición de comprometerse por acabar con siglos de guerras por desmilitarizar nuestros actos y nuestras mentes. Reconozcamos a cada persona y a cada pueblo la libertad de elegir quien quiere ser y que quiere hacer. Dibujemos nuevos mapas multicolores que respondan mejor a la complejidad humana y a las necesidades reales. Y en ese precioso mapa trabajemos por tener lo antes posible un lugar, nuestro lugar, un lugar que jamás se lo hemos negado a nadie y que jamás se lo hemos quitado a nadie, Euskal Herria libre e independiente, un lugar para poder vivir como vascas/os soberanos unidos en república independiente y solidaria.

